

REINÉ GARCÍA, Barcelona
Juan López es un abuelo de los de barrio y bastón. Está a punto de cumplir 80 años y padece del corazón. En otros tiempos fue dirigente vokal de La Serrat, un Badalona. Ahí hoy, sigue preocupado por lo que ocurre en las calles de su populoso barrio. Y lo que está viendo no le gusta. Juan cree que el incivismo se ha apoderado del espacio público y síntoma como cualquier sí a los colectivos de Ramoneta.

El jueves, el casi octogenario vecino se plantó. Cogió un sofá abarcado con sus brazos y lo colocó en medio de la calle de Napoleó, impidiendo así la circulación de vehículos. No estuvo solo en su espontánea protesta. Medio centenar de vecinos y comerciantes se unieron a él. Igual que Juan, creen que el barrio padece una fuerte degradación social y que la situación está llegando al límite. En otra y en otras zonas de Badalona, la paz social está perjudicada con hilos y seriamente amenazada. Cada colectivo, los autoctonos, reclama del otro, los recién llegados. Ambos se miran de reojo y con desconfianza.

El principal argumento que los vecinos miran contra la colonia de gitanos rumanos —una de las más numerosas de Cataluña— es que éstos vulneran las normas no escritas de convivencia. "Son muy malos". Tienen toda la porquería al suelo y hacen sus necesidades en la calle", exclama Carmen.

En el edificio donde reside ella y en el que se grita al hablar, hay un antropeo ocupado por rumanos. "Son un montón, cada uno entra y sale gente y por la noche arman escándalo", dice agosto María, a la sazón esposa de Juan López. El hacinamiento en las viviendas

La difícil convivencia de dos culturas en Badalona

Los vecinos culpan a los rumanos de etnia gitana de la degradación de los barrios y de incumplir las normas de convivencia en la calle



Un grupo de gitanos rumanos comparten la comida en una plaza del barrio de Sant Roc, en Badalona. (S. GARCÍA, AGENCIA)

(los Rumados *pluse putari*) en la calle y no tienen trabajo concedido, que si sus hijos se dedican a mendigar por ahí... Las acusaciones son abundantes. Pero no siempre en voz alta. Miriana vive, junto con su hijo, en una numerosa familia de rumanos. "Al principio no me hizo mucha gracia, pero son buena gente", dice Miriana. Lo confirma el joven Ili, el único de esta casa que trabaja y que, con su sueldo, debe mantener a una ex-

trana prole. Pero no todos los gitanos rumanos residen, ni de lejos, en el barrio de La Salut. De hecho, el principal núcleo de la colonia se halla a unos 300 metros de allí, siguiendo el recorrido que marca la autopista C-31.

Los rumanos viven más o menos juntos a las críticas de los vecinos españoles. Algunos se animan a tacharlos de "racistas", pero la mayoría insiste en que "to-

do va bien". A casi cualquier hora del día se los puede encontrar —a los hombres por un lado y a las mujeres, por otro— en una gran plaza de edificios gris. A uno de la zona, y siguiendo los costumbres de su país de origen, se reúnen para compartir la comida en la calle. Un poco de tocineta, calamares con salsa, pan y cebolla. Por Ramoneta, uno de los barrios más prósperos a convenir, apunta a que gran parte del problema radica en el alto porcentaje de inmigrantes de su colectivo: "Si el alquiler de un piso costara 400 o 500 euros, cada familia podría vivir en una casa decente".

Los paquetitos suelen arrodar los pisos al colectivo, al precio de entre 700 y 800 euros al mes. En general se trata de viviendas antiguas e ilus que viven muchas más personas de las que caben en ellas. En muchos casos, estas infraviviendas se alquilan a precios de agua corriente.

"Yo a un paquetito lo veo pasar cada día por mi manzana para ir a trabajar. A éstos no están todo el día aquí y les va mucho la bebida y el juego", relata el camarero de un bar donde los rumanos suelen reunirse.

Frente al bar, en la plaza Camarón de la Isla, Manuel muestra un mismo recelo. Él, que trabaja en una agencia de pisos y es un gitano autoctono, insiste en que los gitanos rumanos no respetan las normas de convivencia. Y confiesa: "V-

ven como vivíamos nosotros hace 50 años". Una niña rumana, que sonríe y hace unos pendientes dorados en forma de arco, se le acerca y le susurra: "Así estamos en casa con tu hijo. Me doy cuenta". Manuel le contesta: "Claro que sí. Y es ropa buena, eh, de la marca Zara". E invita a la chiquitita a marcharse, porque están hablando los mayores, y concluye: "Una cosa no quita la otra".

Manuel muestra un mismo recelo. Él, que trabaja en una agencia de pisos y es un gitano autoctono, insiste en que los gitanos rumanos no respetan las normas de convivencia. Y confiesa: "V-

ven como vivíamos nosotros hace 50 años". Una niña rumana, que sonríe y hace unos pendientes dorados en forma de arco, se le acerca y le susurra: "Así estamos en casa con tu hijo. Me doy cuenta". Manuel le contesta: "Claro que sí. Y es ropa buena, eh, de la marca Zara". E invita a la chiquitita a marcharse, porque están hablando los mayores, y concluye: "Una cosa no quita la otra".

Manuel le contesta: "Claro que sí. Y es ropa buena, eh, de la marca Zara". E invita a la chiquitita a marcharse, porque están hablando los mayores, y concluye: "Una cosa no quita la otra".

Manuel le contesta: "Claro que sí. Y es ropa buena, eh, de la marca Zara". E invita a la chiquitita a marcharse, porque están hablando los mayores, y concluye: "Una cosa no quita la otra".

Manuel le contesta: "Claro que sí. Y es ropa buena, eh, de la marca Zara". E invita a la chiquitita a marcharse, porque están hablando los mayores, y concluye: "Una cosa no quita la otra".

Manuel le contesta: "Claro que sí. Y es ropa buena, eh, de la marca Zara". E invita a la chiquitita a marcharse, porque están hablando los mayores, y concluye: "Una cosa no quita la otra".

Manuel le contesta: "Claro que sí. Y es ropa buena, eh, de la marca Zara". E invita a la chiquitita a marcharse, porque están hablando los mayores, y concluye: "Una cosa no quita la otra".

Manuel le contesta: "Claro que sí. Y es ropa buena, eh, de la marca Zara". E invita a la chiquitita a marcharse, porque están hablando los mayores, y concluye: "Una cosa no quita la otra".

Manuel le contesta: "Claro que sí. Y es ropa buena, eh, de la marca Zara". E invita a la chiquitita a marcharse, porque están hablando los mayores, y concluye: "Una cosa no quita la otra".

Manuel le contesta: "Claro que sí. Y es ropa buena, eh, de la marca Zara". E invita a la chiquitita a marcharse, porque están hablando los mayores, y concluye: "Una cosa no quita la otra".

Manuel le contesta: "Claro que sí. Y es ropa buena, eh, de la marca Zara". E invita a la chiquitita a marcharse, porque están hablando los mayores, y concluye: "Una cosa no quita la otra".

Manuel le contesta: "Claro que sí. Y es ropa buena, eh, de la marca Zara". E invita a la chiquitita a marcharse, porque están hablando los mayores, y concluye: "Una cosa no quita la otra".

Manuel le contesta: "Claro que sí. Y es ropa buena, eh, de la marca Zara". E invita a la chiquitita a marcharse, porque están hablando los mayores, y concluye: "Una cosa no quita la otra".

Manuel le contesta: "Claro que sí. Y es ropa buena, eh, de la marca Zara". E invita a la chiquitita a marcharse, porque están hablando los mayores, y concluye: "Una cosa no quita la otra".

Manuel le contesta: "Claro que sí. Y es ropa buena, eh, de la marca Zara". E invita a la chiquitita a marcharse, porque están hablando los mayores, y concluye: "Una cosa no quita la otra".

Manuel le contesta: "Claro que sí. Y es ropa buena, eh, de la marca Zara". E invita a la chiquitita a marcharse, porque están hablando los mayores, y concluye: "Una cosa no quita la otra".

Manuel le contesta: "Claro que sí. Y es ropa buena, eh, de la marca Zara". E invita a la chiquitita a marcharse, porque están hablando los mayores, y concluye: "Una cosa no quita la otra".

Manuel le contesta: "Claro que sí. Y es ropa buena, eh, de la marca Zara". E invita a la chiquitita a marcharse, porque están hablando los mayores, y concluye: "Una cosa no quita la otra".

Manuel le contesta: "Claro que sí. Y es ropa buena, eh, de la marca Zara". E invita a la chiquitita a marcharse, porque están hablando los mayores, y concluye: "Una cosa no quita la otra".

Manuel le contesta: "Claro que sí. Y es ropa buena, eh, de la marca Zara". E invita a la chiquitita a marcharse, porque están hablando los mayores, y concluye: "Una cosa no quita la otra".

Manuel le contesta: "Claro que sí. Y es ropa buena, eh, de la marca Zara". E invita a la chiquitita a marcharse, porque están hablando los mayores, y concluye: "Una cosa no quita la otra".

Manuel le contesta: "Claro que sí. Y es ropa buena, eh, de la marca Zara". E invita a la chiquitita a marcharse, porque están hablando los mayores, y concluye: "Una cosa no quita la otra".

Manuel le contesta: "Claro que sí. Y es ropa buena, eh, de la marca Zara". E invita a la chiquitita a marcharse, porque están hablando los mayores, y concluye: "Una cosa no quita la otra".

Manuel le contesta: "Claro que sí. Y es ropa buena, eh, de la marca Zara". E invita a la chiquitita a marcharse, porque están hablando los mayores, y concluye: "Una cosa no quita la otra".

Manuel le contesta: "Claro que sí. Y es ropa buena, eh, de la marca Zara". E invita a la chiquitita a marcharse, porque están hablando los mayores, y concluye: "Una cosa no quita la otra".

Manuel le contesta: "Claro que sí. Y es ropa buena, eh, de la marca Zara". E invita a la chiquitita a marcharse, porque están hablando los mayores, y concluye: "Una cosa no quita la otra".

Manuel le contesta: "Claro que sí. Y es ropa buena, eh, de la marca Zara". E invita a la chiquitita a marcharse, porque están hablando los mayores, y concluye: "Una cosa no quita la otra".

Manuel le contesta: "Claro que sí. Y es ropa buena, eh, de la marca Zara". E invita a la chiquitita a marcharse, porque están hablando los mayores, y concluye: "Una cosa no quita la otra".

Manuel le contesta: "Claro que sí. Y es ropa buena, eh, de la marca Zara". E invita a la chiquitita a marcharse, porque están hablando los mayores, y concluye: "Una cosa no quita la otra".

Manuel le contesta: "Claro que sí. Y es ropa buena, eh, de la marca Zara". E invita a la chiquitita a marcharse, porque están hablando los mayores, y concluye: "Una cosa no quita la otra".

Manuel le contesta: "Claro que sí. Y es ropa buena, eh, de la marca Zara". E invita a la chiquitita a marcharse, porque están hablando los mayores, y concluye: "Una cosa no quita la otra".

Manuel le contesta: "Claro que sí. Y es ropa buena, eh, de la marca Zara". E invita a la chiquitita a marcharse, porque están hablando los mayores, y concluye: "Una cosa no quita la otra".

Manuel le contesta: "Claro que sí. Y es ropa buena, eh, de la marca Zara". E invita a la chiquitita a marcharse, porque están hablando los mayores, y concluye: "Una cosa no quita la otra".

Manuel le contesta: "Claro que sí. Y es ropa buena, eh, de la marca Zara". E invita a la chiquitita a marcharse, porque están hablando los mayores, y concluye: "Una cosa no quita la otra".

Manuel le contesta: "Claro que sí. Y es ropa buena, eh, de la marca Zara". E invita a la chiquitita a marcharse, porque están hablando los mayores, y concluye: "Una cosa no quita la otra".

Manuel le contesta: "Claro que sí. Y es ropa buena, eh, de la marca Zara". E invita a la chiquitita a marcharse, porque están hablando los mayores, y concluye: "Una cosa no quita la otra".

Manuel le contesta: "Claro que sí. Y es ropa buena, eh, de la marca Zara". E invita a la chiquitita a marcharse, porque están hablando los mayores, y concluye: "Una cosa no quita la otra".

Manuel le contesta: "Claro que sí. Y es ropa buena, eh, de la marca Zara". E invita a la chiquitita a marcharse, porque están hablando los mayores, y concluye: "Una cosa no quita la otra".

Manuel le contesta: "Claro que sí. Y es ropa buena, eh, de la marca Zara". E invita a la chiquitita a marcharse, porque están hablando los mayores, y concluye: "Una cosa no quita la otra".

Manuel le contesta: "Claro que sí. Y es ropa buena, eh, de la marca Zara". E invita a la chiquitita a marcharse, porque están hablando los mayores, y concluye: "Una cosa no quita la otra".

Manuel le contesta: "Claro que sí. Y es ropa buena, eh, de la marca Zara". E invita a la chiquitita a marcharse, porque están hablando los mayores, y concluye: "Una cosa no quita la otra".

Daniela y Tanase: "Que nos devuelvan a nuestros hijos"

I. GARCÍA, Barcelona
Daniela y Tanase Mihai tienen el pelo negro como el carbón. Ella cuenta 36 años. Él, 39. Son pareja, son gitanos procedentes de Rumanía y tienen ocho hijos. Nada escandaloso, si se tiene en cuenta que en su cultura son frecuentes las familias numerosas. Desde hace ocho meses, Daniela y Tanase viven alejados forzadamente de tres de sus retoños: Flórica, de 10 años, Engler, de 7, y el más pequeño, David, que está a punto de cumplir los 2 años.

El 27 de marzo de 2006, la Generalitat decidió retirarlos de la custodia de los tres menores por considerar que se hallaban en situación de desaparición. Presentamente, además, los padres indigenas de los niños, el director del centro de acogida en plena calle y el arribatant a Flórica y Engler. La directora consiguió entrar en sus brazos a David. La familia rumana había entonces en un coche que los esperaba con el motor en marcha. Alertados por los gritos de algunos transeúntes, agentes de la Guardia Urbana persiguieron

ladinos a una familia de acogida. En ese tiempo, los Mihai realizaron visitas periódicas a Flórica, Engler y David. Para curarse en salud, Tanase decidió enviar a su hijo, junto con su esposa, a una numerosa familia de rumanos. "Al principio no me hizo mucha gracia, pero son buena gente", dice Miriana. Lo confirma el joven Ili, el único de esta casa que trabaja y que, con su sueldo, debe mantener a una ex-

trana prole. Pero no todos los gitanos rumanos residen, ni de lejos, en el barrio de La Salut. De hecho, el principal núcleo de la colonia se halla a unos 300 metros de allí, siguiendo el recorrido que marca la autopista C-31. Los rumanos viven más o menos juntos a las críticas de los vecinos españoles. Algunos se animan a tacharlos de "racistas", pero la mayoría insiste en que "to-



Daniela y Tanase Mihai, en la plaza de Camarón de la Isla de Badalona. (S. GARCÍA, AGENCIA)

do va bien". A casi cualquier hora del día se los puede encontrar —a los hombres por un lado y a las mujeres, por otro— en una gran plaza de edificios gris. A uno de la zona, y siguiendo los costumbres de su país de origen, se reúnen para compartir la comida en la calle. Un poco de tocineta, calamares con salsa, pan y cebolla. Por Ramoneta, uno de los barrios más prósperos a convenir, apunta a que gran parte del problema radica en el alto porcentaje de inmigrantes de su colectivo: "Si el alquiler de un piso costara 400 o 500 euros, cada familia podría vivir en una casa decente".

Manuel le contesta: "Claro que sí. Y es ropa buena, eh, de la marca Zara". E invita a la chiquitita a marcharse, porque están hablando los mayores, y concluye: "Una cosa no quita la otra".

Manuel le contesta: "Claro que sí. Y es ropa buena, eh, de la marca Zara". E invita a la chiquitita a marcharse, porque están hablando los mayores, y concluye: "Una cosa no quita la otra".